

# 03

## «MACHOS, PROGRES Y GALANES»: HOMBRES Y MOVIMIENTO FEMINISTA DURANTE LOS AÑOS SETENTA Y OCHENTA

«Machos, progres y galanes»: men and feminist movement during the seventies and eighties

CARLOS ADÁN GIL

Universidad de Zaragoza

Fecha de recepción: 26 de junio de 2019

Fecha de aceptación: 10 de septiembre de 2019

ADÁN GIL, Carlos (2019). «Machos, progres y galanes»: hombres y movimiento feminista durante los años setenta y ochenta», *Filanderas. Revista Interdisciplinar de Estudios Feministas* (4), 41-53.

### RESUMEN

El artículo pretende sumergirse en los procesos de construcción de las masculinidades y la relación con el movimiento feminista de parte de la izquierda radical en España durante la Transición y los primeros años de la Democracia. Se trata de una contribución encaminada a cubrir un vacío historiográfico que amenaza con trasladar al presente un discurso sesgado en torno a los procesos de construcción identitaria y asimilación de valores igualitarios.

41

### Palabras clave

Masculinidades, historia oral, izquierda revolucionaria, feminismo, identidad, género.

### ABSTRACT

The article aims to immerse in the building processes of masculinities and its relationship with the feminist movement of the Radical Left in Spain during the Transition and the first years of Democracy. This article is a contribution aimed to cover a historiographic gap that threatens to bring into the present a biased discourse around the building processes of identity and the assimilation of egalitarian values.

### Keywords

Masculinities, oral history, revolutionary left, feminism, identity, gender.

## INTRODUCCIÓN

El presente estudio tiene dos objetivos principales estrechamente relacionados entre sí: en primer lugar, pretende historizar el pasado de algunos hombres que se situaron, tanto a nivel personal como colectivo, del lado de sus compañeras feministas y, en paralelo, intenta analizar algunas de las causas que llevaron a que estos fueran minoritarios dentro del heterogéneo mundo de las izquierdas en la España de este periodo.<sup>1</sup> Tomados en conjunto, ambos objetivos dibujan el panorama de la relación del movimiento feminista con sus compañeros, con los que con frecuencia compartían luchas políticas, espacios e incluso proyectos de vida.

En el desarrollo de la investigación vamos a poner el foco, en primer lugar, en aquellos hombres que comenzaron a pensarse y plantearse sus roles de género de forma consciente, con una clara voluntad de cambio. Algunos de ellos llegaron incluso a formar grupos de reflexión y de trabajo con cierta permanencia en el tiempo, y a sentar las bases de lo que serían los estudios de género de los hombres y las masculinidades y del movimiento de hombres por la igualdad. Por otro lado, vamos a trabajar sobre aquellos militantes de partidos de izquierda que parecían vivir al margen de estos planteamientos, ignorando que su vida personal y los partidos políticos en los que militaban estaban cargados de significados de género; no eran conscientes, tal vez cegados por la coyuntura política y el centralismo democrático, de que una de las revoluciones más importantes que tenían pendiente estaba en sus relaciones de poder y el diálogo consigo mismos y sus cuerpos.

El presente trabajo no va a desarrollar otras masculinidades situadas en los márgenes, como las que evidencian personas con una orientación sexual no normativa o con un marcado transgénero. Los cuerpos y su dialéctica importan, y durante estos años va a desarrollarse un movimiento de liberación homosexual, formado por individuos que con frecuencia también militaban en partidos de izquierda, pero cuyas reivindicaciones, al igual que pasaba con las reivindicaciones feministas, no eran comprendidas y mucho menos consideradas prioritarias. Desde planteamientos libertarios también se desarrollaban formas de relacionarse no normativas.<sup>2</sup> Estas posiciones, junto al «imaginario del 68», planeaban como telón de fondo de cambios en las relaciones de género que tenían lugar en algunas prácticas cotidianas, pero no se teorizaban y en ocasiones generaban tensiones y situaciones de crisis identitarias que llevaron al desarrollo de nuevas formas de expresar la masculinidad, aunque no siempre acarrearán un cambio en las relaciones de poder.<sup>3</sup> El «macho ibérico» iba dejando paso, dentro de los círculos de la izquierda radical, a unas masculinidades más ancladas en la figura del «galán» o del «progre» que controla el discurso, el espacio público y la palabra.

Unos y otros; aquellos más cercanos a las reivindicaciones feministas y con voluntad de cambio en lo personal y político, y sus compañeros, más

1. El título de la presente comunicación hace referencia directa a un curso que organizó el IPES (Instituto para la Promoción de Estudios Sociales) en Pamplona en 1985. El nombre del curso, «Machos, progres y galanes», sintetizaba muy bien las masculinidades prototípicas de ese momento, y en él participaron algunos de los protagonistas de este texto. Las aportaciones fueron de J. L. García, «Algunos mitos en relación con la sexualidad masculina»; Armand de Fluviá, «¿Existe una identidad homosexual?»; J. V. Marqués, «La masculinidad inhallable» y Rafael Castellano, «Desde la otra orilla».

2. Queda pendiente para futuras investigaciones trabajar las formas de convivencia y el desarrollo de las masculinidades en entornos más cercanos al anarquismo, en donde se hacía énfasis en la práctica cotidiana de la libertad y en la subversión de los valores establecidos; no obstante, también existieron desencuentros que llevaron a poner en marcha grupos de trabajo autónomos. Dos anécdotas que se citan en la obra de Laura Vicente *Mujeres Libertarias de Zaragoza* nos ponen sobre las coordenadas de unas relaciones muy similares a las que tenían lugar en otros entornos de la izquierda: la encuesta que mandó Mujeres Libertarias de Zaragoza sobre la presencia de mujeres en la organización de las federaciones locales de CNT, y la no participación de hombres en el grupo. Laura Vicente escribió respecto a la composición de Mujeres Libres/Libertarias, «aunque una parte importante de las mujeres defendían que fueran exclusivamente femeninos, se aprobó en la mayoría de los casos (así fue en el grupo de Zaragoza) que estuvieran abiertos a los hombres. El resultado final fue que ellos no aparecieron, o muy poco, por las reuniones y de ahí la esterilidad del debate» (Vicente, 2017: 64-65).

3. Los cambios en las prácticas cotidianas estaban centrados en el campo de la sexualidad, el amor libre, la vida en comunidad o cierta corresponsabilidad que en ningún caso llegaba a ser real.

reacios o «miopes» ante esta perspectiva, estaban compartiendo espacios con mujeres feministas, y esto los marcó.<sup>4</sup> Voy a intentar, por un lado, apuntar algunos rasgos de los primeros a través del análisis de testimonios y parte de la escasa producción escrita por ellos mismos en la época. Por otro lado, sobre los segundos, voy a trabajar principalmente a través de la historia oral y del análisis de sus historias de vida.<sup>5</sup>

Lo primero que llama la atención cuando nos acercamos al estudio de estos hombres y grupos de hombres «profeministas» o de trabajo personal en torno al género es la escasa conexión que parece haber entre ellos; el género es eso que nos constituye, establece límites de comportamiento, otorga privilegios, a veces incluso duele, y es de lo que un varón de este contexto es incapaz de hablar, tal vez víctima de ese «analfabetismo emocional» del que nos cuesta huir si no es a través de la ira o el enfado. Esta incapacidad para hablar de uno mismo, para cuestionarse, ayudó a que los grupos de reflexión no fueran muy numerosos, especialmente en una sociedad en la que las desviaciones de género no eran toleradas y, discursivamente, llegaban a suponer un problema mayor que la propia desviación sexual (Vélez-Pelligrini, 2011: 274). En ese contexto, ¿cómo hablar de uno mismo y no de política o deporte?, ¿cómo romper el silencio y «desnudarse» ante otros hombres?

Si los obstáculos que estaban encontrando estos hombres para expresarse y abrirse al resto de compañeros en pequeños grupos parecen evidentes, las dificultades que encontraron a la hora de significarse en el terreno de lo público para denunciar el patriarcado no fueron menores. En un homenaje al activista valenciano Josep Vicent Marqués, José Ángel Lozoya recordaba: «La denuncia del patriarcado la iniciaron algunas mujeres y muchos menos hombres. Unas y otros tuvieron que soportar la etiqueta de maricones y lesbianas con independencia de cuál fuera la orientación de su deseo sexual [...] mientras las feministas conectaban con las aspiraciones de las mujeres, los hombres por la igualdad se enfrentaban al rechazo del colectivo masculino, que los acusaba de hablar y escribir para caer bien a las mujeres. Algo que tampoco resultaba tarea fácil, porque un sector del movimiento feminista desconfiaba de cualquier hombre que defendiera sus argumentos».<sup>6</sup> Este desprecio forma parte del juego de «premiar y castigar», utilizado para encauzar a aquellos individuos que se desvían de la norma, tanto a nivel discursivo como performativo, y en este juego las alusiones a la sexualidad estaban a la orden del día. En 1980, Joaquina Prades escribía en el periódico *El País* sobre las II Jornadas Sexológicas de Vitoria que se celebraron en 1979, en las que participó Josep Vicent. En palabras de Joaquina: «Cuando el sociólogo valenciano Josep Vicent Marqués

4. Además de la notable influencia que ejerce el feminismo en todos ellos, hay algunos rasgos que se derivan de la coyuntura que son comunes, mediatizando sus formas de acción y sus comportamientos. Estoy pensando en la obtención de la democracia como horizonte común, en las condiciones derivadas de la clandestinidad y en la necesidad de no significarse, con todo el componente simbólico-represivo que esto conllevaba.

## LA LUCHA ESTÁ TAMBIÉN EN NOSOTROS: HOMBRES PROFEMINISTAS

5. He encontrado algunas complicaciones metodológicas a la hora de trabajar sobre los primeros grupos de hombres, principalmente por la dificultad para dar con ellos. Se trataba de grupos de reflexión, cambiantes, de corta duración en el tiempo, con un marcado carácter introspectivo, y que, por norma general, no generaban documentación. Algunos, los menos, sí que están documentados, y otros van apareciendo poco a poco en algunas de las entrevistas que estoy realizando en el marco de mi tesis, pero todavía me encuentro lejos de poder hacer algo parecido a una «cartografía» de los mismos que me pueda llevar a valorar su «peso real». Respecto a militantes de partidos de izquierda que, si bien tenían contacto con el movimiento feminista, no hicieron de este su lucha, mi acercamiento ha sido a través de entrevistas en profundidad. Para desarrollar el presente texto, he utilizado una muestra de mis entrevistas a militantes de la izquierda radical. Una de las entrevistas fue algo diferente, al realizarla junto a su pareja, militante feminista. Creo que esta opción, aunque altere la dinámica metodológica del resto de las entrevistas y pueda llevar a mayores «deformaciones» del pasado, arrojó unos resultados muy fructíferos para la investigación.

6. Palabras pronunciadas en el acto de reconocimiento Hombre por la Igualdad 2007, promocionado por el Foro de hombres por la igualdad. Tuvo lugar en Sevilla el 20 de octubre de 2007. En la página Heterodoxia podemos encontrar una transcripción de parte del homenaje, que incluye las palabras de Josep Vicent y de José Ángel Lozoya, además de algunos vídeos del evento. Disponible en: <https://heterodoxia.wordpress.com>

intervino en las Jornadas Sexológicas del pasado año, sorprendió a propios y extraños con su furibundo ataque al machismo. Sus congéneres, posiblemente heridos en su virilidad, intentaron rápidamente descalificar tamaña osadía, “Marqués es homosexual”, sentenciaron. Debieron pensar que, al no tratarse de un hombre de verdad, podía comprenderse su feroz crítica al género masculino» (Prades, 1980)

Marqués es, probablemente, el militante por la igualdad más prolífico y activo durante estos años. Entre 1978, momento en el que publica su artículo «Sobre la alienación del varón», y 1981, año en el que ve la luz la primera edición de su obra *¿Qué hace el poder en tu cama?*, destaca su actividad en debates, seminarios y jornadas en las que denuncia activamente el patriarcado y la «miseria sexual» en la que, según decía, estábamos instalados los hombres.<sup>7</sup> Estas dos obras destacan no solo por su contenido, sino por su acogida y difusión. El artículo «Sobre la alienación del varón» fue reconocido en 1978 con el premio de ensayo El Viejo Topo. En dicho artículo Marqués esboza, con su habitual estilo cómico, parte de la teoría que desarrollaría más a fondo durante la siguiente década, centrada en la crítica social y la denuncia del patriarcado y la opresión que también sufre el varón.<sup>8</sup> Asimismo, su obra de 1981 *¿Qué hace el poder en tu cama?*, recopilación de artículos y ponencias del autor durante los años anteriores, gozó de un gran éxito, con dos ediciones el año de su publicación con Ediciones 2001 y, debido a su demanda, una tercera edición en 1987, esta vez por parte de la editorial Icaria. El autor valenciano supo construir identidades más complejas, atendiendo también a la sexualidad o a la clase, consciente de que estas se conjugan ofreciéndonos distintos niveles de discriminación; si bien no teorizó sobre lo que posteriormente hemos denominado «interseccionalidad», sí que tuvo presente que las formas de dominación variaban en función de las características de los individuos, estableciéndose así jerarquías.

Medios como la revista *El Viejo Topo* o la editorial Icaria contribuyeron a dar voz a estos activistas. No obstante, se trata de unos años en los que no había todavía muchos medios en los que difundir estudios que aplicasen el género masculino como perspectiva de análisis; salvo contadas excepciones, estos se tenían que mover en los márgenes, haciéndose hueco en los espacios que les ofrecía la sexología, la medicina o los círculos feministas.<sup>9</sup> En estos ambientes muchos activistas se empapaban de teoría feminista y «miraban de reojo» lo que estaban haciendo sus compañeras, y hubo hombres que, a imagen de algunos grupos feministas, ya fuese a causa de una tremenda empatía o interpelados por un cuerpo o unos roles que les pesaban, decidieron reunirse, compartir sentimientos y pensarse. ¿Por qué estos grupos no trascendieron en su momento? A las razones que se derivan del contexto político y de la creencia firme de sus compañeros de que su lucha no es prioritaria, y de que solo era importante en la medida en que permitía al partido ampliar sus bases, se unía su incapacidad para entender la vertiente identitaria del

7. En 2003, varios protagonistas del movimiento de Hombres por la igualdad volcaron algunos de los acontecimientos que consideraban importantes para el desarrollo de este movimiento en España en una cronología; en ella se recoge una referencia que hace Josep-Vicent Marqués a un artículo publicado en 1974 que inauguraría la reflexión sobre el varón. El nombre y autoría de dicho artículo todavía lo desconozco (Lozoya, 2003: 2).

8. *El Viejo Topo* es una revista de contenido político y cultural que sirvió de medio de expresión de muchas de las ideas de la izquierda del momento. Entre 1976 y 1982 llegó a publicar sesenta y nueve números, a los que habría que sumar ediciones monográficas. En 1993 se retomó su edición, que ha continuado hasta la actualidad.

9. Los agradecimientos que ofrece Marqués en su obra *¿Qué hace el poder en tu cama?* son representativos del ambiente en el que se estaban debatiendo estas ideas; en ellos nos habla de las Jornadas Sexológicas de Vitoria, de cursillos de educación sexual, de la Semana de Psicología Gallega, de la coordinadora feminista de Pamplona, del Grupo de Mujeres del Ateneo de La Coruña, de los estudiantes de Medicina de la Autónoma de Barcelona o de varios grupos de sexología. Espacios que ejemplifican bien dónde se estaban desarrollando y debatiendo estas ideas. Considero importante poner en valor la influencia que han tenido estos campos en las principales preocupaciones teóricas de los estudios de los hombres y las masculinidades en España; así, no es difícil comprender el peso que tienen desde el inicio los trabajos relacionados con la medicina y la educación sexual y, con posterioridad, aquellos vinculados a la psicología, la sociología o la antropología, en detrimento de otros vinculados, por ejemplo, a la producción cultural, mucho más potentes en el ámbito anglosajón.

género, y una decisión política de los integrantes de estos grupos de reflexión fue la de no trascender a la esfera pública, en la que los hombres siempre se han sentido tan cómodos, y quedarse en lo privado; en el trabajo personal.<sup>10</sup>

A pesar de esta decisión, encontramos algunos testimonios en artículos y revistas de la existencia y el funcionamiento de estos grupos. A partir de mediados de los ochenta, las referencias a los mismos son más frecuentes, en parte por la voluntad de dar a conocer su existencia y animar así a otros compañeros a reunirse y hablar, y también por su viraje hacia un trabajo personal que, en algunos casos, hace necesario marcar diferencias entre los grupos con un componente más político y aquellos con un desarrollo casi terapéutico, pero con anterioridad están prácticamente ausentes. En una edición extra de octubre de 1980, *El Viejo Topo* publicaba un número monográfico titulado *Masculino, femenino*, en el que participaban conocidas feministas de ese tiempo, junto a algunos hombres.<sup>11</sup> El número, presentaba un artículo de Gerard Imbert Martí, «Los hombres sin palabra», y otro de Giles Bienvenu y Jean Michel Hirt, «Hombres al ralentí», extraído del número de la revista francesa *Recherches* titulado «Masculinités». En este número monográfico, además de artículos teóricos, se recogía el testimonio de dos participantes en un grupo de hombres de finales de los setenta, y se describían las características de sus integrantes, muy similares a las de sus compañeros del otro lado de los Pirineos: «Los componentes del grupo oscilaban entre los veinticinco y los treinta y cinco años, se situaban políticamente a la izquierda del PC, ninguno de ellos militaba en partidos, podían ser calificados en algún sentido de intelectuales y cuatro de ellos estaban o habían estado vinculados sentimentalmente con mujeres feministas».<sup>12</sup>

Al igual que en el citado ejemplo, en el que se había trabajado sobre «violencias», en España se estaban reuniendo los primeros grupos, generalmente empujados por compañeras feministas.<sup>13</sup> Significativo de este empuje o de esta acción casi «reactiva» de algunos hombres ante la iniciativa de sus compañeras es un grupo que se crea en torno al 79 o el 80, al que denominaron «El Cardo». Juan, militante de un partido político de la izquierda radical, referencia un acontecimiento que pudo desembocar en su participación en este grupo. Al ser preguntado por la recepción de los planteamientos feministas en el seno del partido, por las dobles militancias y por los posibles espacios propios de sus compañeras, Juan me hablaba de «un momento de radicalización, en el sentido de lo que significaban los hombres respecto a las mujeres, o sea, nuestro *alter ego*, y plantearon que ellas tendrían que vivir separadas de nosotros, los hombres. Mi compañera se fue a vivir a un piso con mujeres y yo me quedé con mi hija».<sup>14</sup>

Sin embargo, encontramos otras vías por las que algunos militantes de partidos de la izquierda radical se acercaron al feminismo. Un caso curioso lo protagonizó Álvaro Guillén, que durante los años setenta militaba en el

10. Con frecuencia me he preguntado por el coste de oportunidad de esta decisión y cuáles habrían sido las dimensiones actuales del movimiento de haber tomado otra dirección desde sus inicios. Lo cierto es que el debate sobre focalizarse en el trabajo introspectivo o hacerlo en el trabajo de denuncia política e intervención en la esfera pública sigue hoy abierto. Podemos considerar los años noventa como años de cambio; tal vez empujados por la creciente denuncia social hacia la violencia machista (estoy pensando en casos tan mediáticos como el de Ana Orantes) o por los inicios de la implicación institucional en programas para hombres, estos grupos comenzaron a denunciar públicamente la violencia machista y el patriarcado.

11. Este número monográfico de 1980, con una tirada de 41 000 ejemplares, es importante por su difusión, pero también como reflejo de que la problemática de género comenzaba a ganar visibilidad en España.

12. «Grupo de hombres», 1980.

13. En la ya citada cronología inconclusa del movimiento de hombres se referencia un grupo que se reunió durante los años setenta, en el que participaron activistas como Antonio Goyte, Albert García Hernández, Víctor Navarro y Julio A. Mañez, entre otros (Lozoya, 2003: 9).

14. Entrevista a Juan Ruiz (pseudónimo), bar El Callejón, Zaragoza, junio de 2018. Respecto al grupo de hombres «El Cardo», en él se intentó llevar a cabo un trabajo personal, pero no duró mucho, ya que se reunieron con una frecuencia trimestral a lo largo de un año.

MCA (Movimiento Comunista de Aragón) en Teruel; un Teruel que parecía anclado en la década anterior y en donde desarrollar la actividad política era especialmente complejo, por el escaso número de militantes y por las dificultades que se planteaban a la hora de mantener el anonimato. Las características de esta ciudad hicieron que no se desarrollara un grupo de mujeres autónomo del MCA, y las lecturas que llegaban sobre feminismo a través del partido se acababan debatiendo de forma conjunta. Álvaro recuerda cómo estos debates le ayudaron a expresar mejor sus sentimientos y a posicionarse ante sus compañeros cuando reproducían mecánicas machistas: «Había que dar caña en las asambleas y llevarlo a la vida cotidiana, cuando alguien hacía algún comentario... y tú, así, también ibas aprendiendo».<sup>15</sup>

Unos y otros, los activistas que intentaban abrir espacio a las ideas igualitarias en el terreno de lo público y aquellos que llevaron su lucha a lo privado, mostraron tener una visión de cambio amplia, atendiendo también a otras formas de discriminación y creando entornos en los que se pudieran poner en práctica formas de relación menos autoritarias; entornos en los que «estar feminista». Esto no es extraño teniendo en cuenta su contexto: de alguna forma, la coyuntura los interpelaba y facilitaba que integrasen las diferentes luchas sociales en las que se veían inmersos, produciendo una visión muy rica, casi utópica, en un horizonte de expectativas amplio.<sup>16</sup>

La falta de implicación en la lucha contra el patriarcado de gran parte de la izquierda se puede explicar desde distintas perspectivas. Tal vez la que más influyó fue la de su propia posición de género: estos militantes, como hombres, gozaban de la comodidad de ser los beneficiarios de una posición de poder ventajosa en esa relación unívoca que se tiende a establecer con la *otredad*, y no sentir el peso específico del género puede llevar a reproducir inercias patriarcales y a ser «invisible a uno mismo». Otra perspectiva de análisis para explicar esta falta de interés es la que se desprende de la coyuntura: estaban condicionados por la prioridad política de la obtención de la democracia y la lucha contra el capitalismo. En 1978 Marqués escribía: «Una vez el mundo de los hombres hizo el capitalismo y el capitalismo siguió consagrando un mundo de varones, se hace difícil dar al varón lo que es del varón y al capitalismo lo que es del capitalismo, aunque hoy por hoy la izquierda parezca convencida de que el capitalismo tiene la culpa de todo» (Marqués, 1977: 13).

Inmersos en las dinámicas de partido, era difícil para ellos entender estas luchas como algo más que una extensión de su actividad. Nicolás Díaz,

15. Entrevista a Álvaro Guillén (pseudónimo), cedida por Sandra Blasco, Teruel, noviembre de 2018. No obstante, aunque en Teruel se produjeron debates en un ambiente mixto, la implicación masculina fue minoritaria; prueba de ello es que cuando Merche Gallizo fue a Teruel como militante del MCA y del Frente Feminista para dar a conocer las actividades del Frente en Zaragoza, en palabras de Álvaro Guillén, «en la presentación había unas 30 personas y el “único pantuflero” era él» (Blasco, 2019).

16. A finales de los años ochenta, muchos de estos hombres comprometidos con el cambio en las relaciones de género comienzan a abandonar la lucha desde un punto de vista holístico, de cambio del sistema, desmigajando y acotando sus reivindicaciones, parcelándolas en distintos frentes entre los que con frecuencia no se buscan puntos en común. En definitiva, se pierde gran parte del componente subversivo que tenía con anterioridad el movimiento, aunque se mantiene una denuncia activa de la violencia y se desarrolla un análisis crítico del componente identitario de género. Todavía está pendiente hacer un estudio serio sobre las consecuencias de esta tendencia, que tal vez acarrea un menor potencial deconstructivo; se trata de la fuerza de la ilusión y la utopía del cambio integral, frente al desencanto y un activismo más centrado en medidas concretas.

## LA IZQUIERDA AUSENTE EN LAS REFLEXIONES DE GÉNERO

militante de Larga Marcha hacia la Revolución Socialista, un partido que nació en Zaragoza, recordaba la función que se asumía que debían llevar a cabo las compañeras feministas: «Por supuesto que las mujeres en el movimiento feminista tienen que abrir paso al partido en el movimiento feminista, porque es un movimiento que se está abriendo y ahí hay que estar, ¿no? Pero quién dirige el movimiento feminista, pues el partido, y ¿el partido quién lo forma en la dirección? Pues el 80 o 90% hombres... bueno, pues porque ha salido así...».<sup>17</sup> Pere Serra, uno de los dirigentes del Partido del Trabajo en Aragón, recordaba como veían a la ADM (Asociación Democrática de la Mujer, la rama femenina del partido, más como movimiento en el que ganar posiciones políticas que para conseguir un cambio real: «Yo no puedo decirte más que, en mi vivencia pensada de aquel momento, la lucha que domina es la lucha por la democracia, y esa no lleva a un análisis directo e implícito del feminismo, sí en esos puntos más gordos que eran evidentes que son esclavitud. En realidad, estaríamos hablando de la esclavitud de la mujer en el movimiento primitivo, no tanto en las relaciones humanas».<sup>18</sup> Juan Ruiz aseguraba: «Lo que te digo, apoyábamos la vivienda, apoyábamos todo [...] La gente era muy muy muy de defensa de los currantes, la igualdad salarial y... ¡y sin embargo a las mujeres ni puto caso!».<sup>19</sup> Respecto a las reivindicaciones del Movimiento de Liberación Homosexual, su postura era muy similar. Nicolás recuerda haber desarrollado cierto respeto, incluyendo este tema en el ámbito de lo personal y de la libertad, pero admite que se miraba con recelo y no se quería en sí. «También llega un momento que pasa como con el feminismo “bueno, pues los que estén en esa onda que se organicen en beneficio del partido”. Es un ambiente en el que quedaría muy mal no estar... aunque el lenguaje seguía siendo muy agresivo contra esto...».<sup>20</sup>

Nicolás describe esta dinámica como «la pragmaticidad operativa política del marxismo leninismo», que «acababa pasando por encima de esa mixtura influenciada por el mayo del 68 y elementos pseudoanarquistas». Eusebia Cortés, militante de Larga Marcha, feminista y pareja de Nicolás, recuerda el centralismo democrático como un sistema que la apartó de una forma de vivir en la que se sentía más cómoda: «Yo no podía soportar el centralismo democrático... a mí me encantaba la contracultura. Vivíamos en grupo... éramos así. Pero en un momento dado, como estaba Franco y la estructura de partido, pues nada de contracultura, a casarse, a vestirse normal, porque si no la policía... [...] Y dentro de eso, las reivindicaciones de las mujeres pues caían también, porque lo importante era tirar la dictadura».<sup>21</sup>

A este aparato de partido cerrado y a las fuertes inercias que arrastraban, hay que añadir un espejismo que hacía todavía más complejo el diálogo entre las feministas y sus compañeros. Se trata de la firme creencia por parte de la mayoría de los militantes de que en sus entornos más cercanos,

17. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

18. Entrevista a Pere Serra (pseudónimo), Yéqueda (Huesca), junio de 2018.

19. Entrevista a Juan Ruiz (pseudónimo), bar El Callejón, Zaragoza, junio de 2018.

20. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

21. Entrevista a Eusebia Cortés (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

y en los propios partidos, ya se había instalado una suerte de igualdad entre sexos, y que, en todo caso, solo cabía apoyar a las mujeres en la obtención de algunos derechos en el terreno de lo político. Nicolás Díaz considera que «había un planteamiento de eso que se oye hoy también bastante, de que “la igualdad ya está”, “ya la tenemos entre nosotros”; luego, si yo soy más líder soy más líder...». Eusebia recuerda que era una inercia, pero que esta saltó en espacios privados con temas como el de la crianza, porque «había que cuidar a la criatura», recuerda, «como estábamos en un partido y él estaba en un nivel de partido más alto, pues siempre las cosas parecían más importantes. Entonces es cuando yo le dije que bueno, “aunque tú tengas una reunión de alto nivel del partido y yo me vaya a pasear, tengo derecho a ir a pasear”, o sea, tuve que plantearlo así». Pere Serra también tenía una percepción similar en torno a la sensación de igualdad que flotaba en el ambiente entre muchos hombres. Sin embargo, entre las compañeras de militancia o de vida de estos activistas, ya empezaba a haber mujeres que «entraban un poco a contrapelo de lo que era una dinámica formalmente abierta pero operativamente muy patriarcal».<sup>22</sup>

48

Los hombres, aunque parecían conectar mejor con las reivindicaciones enfocadas a la obtención de derechos políticos, también fueron partícipes de avances importantes en el terreno de lo privado. Nicolás recuerda cómo entró a Larga Marcha por la Revolución Socialista después de haber participado en los comités de estudiantes durante sus años de carrera; y esos años fueron para él «los de las teorías comunitarias... yo creo que por influencia del mayo francés, y ahí era más el papel de la mujer... bueno, ahí estaba el tema, por ejemplo, del amor libre, la sinceridad entre la pareja, el tener relaciones múltiples en un momento determinado siempre que hubiera cariño verdadero y comunicación... ¡en fin! Todo eso era lo que movía un poquitín unas relaciones teóricamente igualitarias». Esta creencia en la normalidad instalada entre sus filas no solo complicaba una autocrítica de ellos mismos como sujetos opresores, sino que dificultaba la comprensión de la vertiente identitaria del género; vertiente que era invisible incluso para muchas mujeres, que no siempre supieron llevarla al campo de la teoría. Como afirmó Pere Serra ante la pregunta de si eran capaces de percibir el componente simbólico-identitario del movimiento: «los hombres no, y las mujeres sufriendo».<sup>23</sup>

Y es que en este terreno, en el de los símbolos, los espacios, la palabra, las emociones, las inercias heredadas... es en donde más tuvieron que pelear las mujeres feministas con sus compañeros. Y ellos, poco a poco, fueron transitando de unas masculinidades a otras, aunque no siempre de forma consciente. Este tránsito, que muchas veces pasaba por la incorporación de elementos de «masculinidades subordinadas» o «no normativas», no hemos de entenderlo en términos lineales, ya que no siempre venía acompañado de una crítica a las relaciones de poder. La mayor parte de los militantes de la

22. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

23. Entrevista a Pere Serra (pseudónimo), Yéqueda (Huesca), junio de 2018.



izquierda radical percibía los modelos de masculinidad del franquismo, cuya caricatura estaría representada por el famoso «macho ibérico», como caducos y carentes de prestigio social, y entre ellos ganaba terreno un modelo mucho más acorde a su contexto personal: el del «progre» que controla la situación y domina la dialéctica.<sup>24</sup> Y el éxito de este modelo entre muchos militantes de la izquierda radical no pasó inadvertido; su desarrollo constituyó una forma de anclaje identitario en un momento de transformación, e incluso de crisis de la masculinidad.

Gerard-Imbert Martí describía en 1980, con mucho acierto, este modelo en términos de relación de poder; según Martí el poder es también «el discurso del entendimiento, de aquel que “conoce lo suyo”, es el metalenguaje del intelectual barbado, aquel que hace una profesión de su saber, que administra con toda tranquilidad de conciencia el territorio de su dominio. Es el lenguaje diplomático (enigmático, elíptico) de un buen número de intelectuales cansados y de vuelta de todo sin haber ido a ninguna parte; ex sesenta y ocho y lacanianos de buen tono que manejan su impotencia y saben dosificar sus silencios por miedo a caer sobre un terreno común al otro [...] lo que equivaldría al fin de su privilegio enunciador, a la muerte de su estrategia discursiva...» (Martí, 1980: 45). Pero «¿qué pasa cuando los hombres hartos de tener este lenguaje untuoso, codificado, eternamente repetido, cuando estos hombres deciden reunirse para decir otra cosa?» (Vandenes, 1980: 50). Nuestros protagonistas, pese a ser los «dominadores de la palabra», presentaban un síntoma de su socialización que habría de pasarles factura en sus relaciones personales; se trata de su incapacidad para hablar de ellos mismos y trabajar el mundo de los sentimientos.

Muchos de estos militantes han acabado abriéndose a esta vertiente más identitaria del género; algunos, como Juan Ruiz, lo hicieron ya desde finales de los setenta, participando en grupos de reflexión como El Cardo, para otros, como Pere Serra, fue un proceso lento que, probablemente, comenzó también en los setenta, gracias a su implicación en los cuidados a raíz de su trabajo en un psiquiátrico y a un fuerte vínculo con las corrientes de la antipsiquiatría. Otros de los militantes de la izquierda radical se han abierto y han modificado sus masculinidades gracias a su implicación, ya en los años ochenta, en otros movimientos como el ecologismo o el pacifismo, y a los contactos con el MOC (Movimiento de Objeción de Conciencia) y sus formas de resistencia basadas en la confianza mutua y la no violencia.<sup>25</sup>

Un caso muy ilustrativo es el de Nicolás Díaz, que sitúa su militancia en el Movimiento por la Paz y el Desarme, de marcado carácter proactivo, como un momento de ruptura de inercias nocivas y crecimiento personal. Nicolás recuerda: «Cuando llegaron las coordinadoras, siempre tocaba “a ver, ¿quién va a la coordinadora el próximo día?”, y acabábamos yendo tres o cuatro tíos; un coche de tíos, y no... ahí sí que estaba ya el planteamiento de decir “a

24. Hago referencia a este modelo, común también entre militantes de izquierda de otros países, por ser uno de los más representativos del momento, pero entiendo la masculinidad como algo fluido y en constante cambio y, por tanto, como algo conformado por la subjetividad de cada individuo.

25. A partir de finales de los setenta se desarrollan diferentes movimientos que modifican las formas de relacionarse y de acción, cambiando los antiguos métodos de militancia: el movimiento antipsiquiátrico, el pacifismo y el ecologismo y, más adelante, el movimiento insumiso (con posterioridad el MOC). En la actualidad, muchos hombres cercanos al feminismo se han reencontrado con antiguos compañeros de militancia en estos movimientos sociales, junto a los que cuestionaban, sin saberlo, la cultura patriarcal: «Estoy convencido de que esa desobediencia a realizar el servicio militar fue un primer paso para aplicar, en nuestras propias vidas, la resistencia al mandato de las masculinidades hegemónicas tóxicas, contra las que habíamos empezado a luchar sin darnos cuenta» (Bacete, 2017: 203).

ver, las mujeres, va, venga, ¿por qué no vais?" [...] sí que hubo un momento en el que se debate conscientemente en el colectivo "¿por qué no van las mujeres?"... y entonces piden ellas un espacio para hablarlo y se reúnen. Yo recuerdo, porque fue muy llamativo, que nos vinieron ya con una respuesta. [...] Llegan y dicen "que no, que hemos decidido que ya sabemos por qué no vamos y es que no nos gusta, no aceptamos el ambiente agresivo y competitivo que hay en las coordinadoras, y claro, mientras no cambiéis eso nosotras no vamos" [...] decían: no, no, mientras no nos cambiéis el entorno, nosotras ir allí para volver deprimidas y hechas polvo y tal, no vamos».<sup>26</sup>

50 Eusebia Cortés hace mucho énfasis en un punto: en el movimiento pacifista, al contrario de lo que había pasado en sus militancias anteriores, los métodos entraban. Recuerda que ahí era frecuente que marcaran liderazgo las mujeres. A veces se reunían por separado las mujeres y los hombres y «nosotras decíamos muchas cosas de nosotras mismas en la reunión, y ellos hablaban de temas exteriores a ellos, ¿no? Esa era un poco la cosa...».<sup>27</sup> «Ellas, por ejemplo, tenían un énfasis temático en cuestiones identitarias muy fuerte, y hablaban continuamente de la relación, de la prioridad, del no sé qué, de la visibilidad, de todo esto, ¿no? Y a nosotros, que nos parecía bien todo eso, de alguna manera nos marcaban el liderazgo ellas, y en cuanto nos dejaban solos, pues estábamos arreglando el mundo (risas), de qué había que hacer las siguientes elecciones, de cómo habría que hacer no sé qué, y ya está...».<sup>28</sup> A través de estas dinámicas, esa capacidad de análisis personal que tanto había dificultado los discursos de género en el terreno privado y esa supuesta «normalidad igualitaria» en la que se creían instalados buena parte de los militantes de la izquierda radical, se iba descomponiendo, hasta el punto de que poco a poco no solo fueron cambiando las relaciones con sus compañeras, sino también entre ellos. Esto se ejemplifica bien volviendo a la negativa de las mujeres del movimiento pacifista a ir a las reuniones de la coordinadora en Madrid si no cambiaban antes las formas de relacionarse. Nicolás reconoce: «Unos años después a nosotros ya no nos gustaba ir a Madrid tampoco [...] Ya estábamos en una línea en donde estábamos a gusto en las relaciones que habíamos sido capaces de desarrollar aquí».<sup>29</sup>

26. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018. En este caso, los hombres del movimiento pacifista también acusaban una influencia europea, con partidos en donde las mujeres están en primera línea, como Los Verdes, con representantes como Petra Kelly. En la cadena humana que tuvo lugar en Zaragoza hacia la base militar (1983) se invita a los verdes y estos envían a Heidi, una mujer, lo que todavía choca con los esquemas que se arrastran de la etapa anterior.

27. Entrevista a Eusebia Cortés (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

28. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

29. Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.

## CONCLUSIONES

En la presente investigación hemos trabajado sobre testimonios y fuentes de época, con intención de afinar la visión que tenemos de un periodo de nuestro pasado reciente que, hoy en día, parece estar más vivo que nunca. Hablar de conclusiones es algo pretencioso si tenemos en cuenta que además de sacar a la luz a algunos grupos de hombres que se estaban formando desde los años setenta, hemos tratado de adentrarnos en el mundo subjetivo de las identidades y de la percepción personal sobre los

avances del feminismo. Tampoco hemos de olvidar, como se ha puesto de manifiesto al comienzo del texto, que hay un vacío historiográfico en torno a la relación de los componentes de los grupos de izquierda con el feminismo y cómo esta relación indujo cambios en sus masculinidades e influyó en el desarrollo de los distintos feminismos.

Como hemos visto, no fueron muy numerosos los activistas que se acercaban a las reivindicaciones feministas, pero entre ellos se encuentran los fundadores de los primeros grupos de hombres en España. El desarrollo de estos grupos de reflexión se produce en paralelo al crecimiento del movimiento feminista, e incluso podemos afirmar que la mayoría de ellos surgen como una reacción positiva a la crítica de los modelos de género y a un sistema patriarcal al que muchos relacionaban de forma unívoca con el sistema capitalista. En este contexto de efervescencia de los feminismos, los grupos de conciencia femenina y los debates en torno a las vías para cambiar el sistema, algunas feministas animaron a sus compañeros de militancia, a sus compañeros de vida y amigos, a crear grupos en los que se cuestionasen sus roles de género.<sup>30</sup> Algunos hombres trascendieron los propios grupos, alzando su voz en el terreno público a través de medios de difusión en los márgenes, siendo por ello objeto de duras críticas.

Si durante los años setenta podemos hablar de los grupos de hombres como algo excepcional, esta excepcionalidad se rompe ligeramente en los ochenta cuando «se pasa de militancia a activismo»; cuando se modifican las formas de relación entre compañeros, dejando así hueco para que penetrasen algunas de las ideas que venía defendiendo el movimiento feminista, aunque desprovistas del componente de clase que las acompañaba una década antes.

Dentro del heterogéneo mundo de las izquierdas en la España de los años setenta y ochenta, lo más frecuente fue una posición pasiva e incluso reticente a las reivindicaciones que planteaban sus compañeras, tanto dentro del partido, como a través de grupos autónomos. Entre las causas que se desprenden de los testimonios que hemos recogido, podemos apuntar:

— Influencia del partido: Muchos de estos activistas formaban parte de una estructura de partido vertical, de centralismo democrático, en la que se priorizaba un determinado sujeto político y solo se abrían a otras reivindicaciones en la medida en la que les permitían generar hegemonía y ganar posiciones para el propio partido. Los espacios y los tiempos de trabajo no estaban concebidos para conciliar ni para compaginar la militancia con actividades asociadas al mundo femenino.

— Contexto político: La situación política hacía que la obtención de la democracia fuese el horizonte común a todos los grupos de izquierda de la época, desatendiendo en ocasiones las políticas de lo cotidiano. Además, la clandestinidad con frecuencia imponía ceñirse a la norma para

30. Algunas de estas ideas las desarrollé en la ponencia «Género y masculinidades. Identidades disidentes, rupturas comunitarias», expuesta en el I Congreso Internacional sobre Masculinidades e Igualdad, celebrado en Elche los días 4-6 de abril de 2019. En dicha ponencia se hacía referencia a cómo los grupos de hombres se estaban formando, en parte animados por compañeras feministas, y a los trasvases de militancia entre los nuevos movimientos sociales y los grupos de hombres igualitarios.

conservar cierto grado de anonimato, dejando así de lado otras prácticas que pasaban por formas de convivencia y crianza en comunidad, amor libre o transgresiones estéticas.

— Concepción cerrada de lo político: Uno de los principales problemas que encontraron estos activistas cuando se enfrentaban a las propuestas que formulaban sus compañeras radicaba en su dificultad para situar lo político fuera de la estructura y el espacio público, haciendo complicado que pudiesen comprender en profundidad aquellas reivindicaciones que no estuviesen estrechamente relacionadas con la obtención de derechos concretos. Esta incompreensión hizo que con frecuencia se tomaran algunas de las cuestiones que debatían o proponían sus compañeras para mejorar la convivencia como reproches o ataques hacia su propia persona, rompiendo así los vínculos de confianza.

52

— Falsa percepción de que la igualdad ya estaba instalada entre ellos: Se trata de un «espejismo» recurrente en las entrevistas que he realizado, y es que entre muchos de los militantes de los partidos de la izquierda radical existía el convencimiento de que su entorno era tan diferente al de la época de sus padres que las desigualdades que seguían existiendo eran en esencia fruto de un sistema que las amparaba, pero que modificando el sistema a través de cambios legales y de una mayor incorporación de la mujer al mercado laboral desaparecerían. Esta percepción denota cierta falta de autocrítica y una gran dificultad para percibir que los cambios en la estructura también se pueden inferir a través de cambios en las relaciones de poder cotidianas, en las que ellos jugaban de forma inconsciente el papel de opresores.

— Tránsito entre modelos de masculinidad: Si bien es cierto que los hombres que tratamos en este apartado no se implicaron de forma activa en el movimiento feminista, la forma de expresar su masculinidad sí que cambió. Entre los componentes de los grupos de izquierda se desarrolló ampliamente el modelo del «intelectual» que dominaba la palabra y mantenía así cierto prestigio social.

En definitiva, la mayor parte de los hombres no se sentían vinculados a la lucha feminista, sea por incompreensión de muchas de sus reivindicaciones, por entender que el sujeto político que defendía dicha lucha los dejaba al margen o simplemente por miedo a los cambios en las relaciones de poder que sus propuestas pudiesen conllevar. En 1985, Ángel Lozoya escribía respecto a los hombres y los cambios que se iban produciendo de la mano del movimiento feminista: «Que la iniciativa de estos cambios no haya sido nuestra, plantea un doble problema: por un lado, nos hemos tenido que ir adaptando individualmente a una situación que no sabemos adónde nos lleva, a costa de una cierta pérdida de identidad, y a la vez, se trata de una adaptación a la que nos resistimos, por miedo a sus consecuencias» (Lozoya, 1985: 28).

## BIBLIOGRAFÍA

- BACETE, Ritxar (2017). *Nuevos hombres buenos: La masculinidad en la era del feminismo*. Barcelona: Península.
- BLASCO LISA, Sandra (2019). *La construcción de las subjetividades feministas en el tardofranquismo y la transición: El movimiento feminista en Aragón (1966-1986)* [tesis doctoral]. Universidad de Zaragoza.
- LOZOYA, José Ángel (1985). «El comportamiento masculino a debate (el hombre ante los avances de la mujer)». *Sexpol: Revista de información sexológica* (7). Disponible en: <http://joaquimmontaner.net/cronologia/los-80s/1985-2/#>
- et al. (2003). *Cronología inconclusa del movimiento de hombres igualitarios en el estado español*. Disponible en <http://szil.info/es/system/files/document/103-cronologia-inconclusa.pdf>
- MARQUÉS, Josep-Vicent (1978). «Sobre la alienación del varón». *El Viejo Topo* (19), abril. Disponible en <http://joaquimmontaner.net/cronologia/timeline-post/sobre-la-alienacion-del-varon/>
- (1981). *¿Qué hace el poder en tu cama?* Barcelona: Ediciones 2001.
- MARTI, Gerard-Imbert (1980) «Hacia una masculinidad de-liberada», *El Viejo Topo*, n.º extraordinario 10. Barcelona: Ediciones 2001.
- PRADES, Joaquina (1980). «Los modelos sexuales establecidos, sometidos a revisión en las jornadas de Vitoria». *El País*, 8 de abril. Disponible en: [https://elpais.com/diario/1980/04/08/sociedad/323992803\\_850215.html](https://elpais.com/diario/1980/04/08/sociedad/323992803_850215.html)
- S. a. (1980). «Grupo de hombres», *El Viejo Topo*, Extra n.º 10 (Masculino, femenino).
- VANDENESH, Jean (1980). «Los hombres sin palabra». *El Viejo Topo*, Extra n.º 10.
- VÉLEZ-PELLIGRINI, Laurentino (2011). *Sujetos de un contra-discurso: Una historia de la producción teórica gay, lesbiana y queer en España*. Barcelona: Bellaterra.
- VICENTE, Laura (2017). *Mujeres Libertarias de Zaragoza: El feminismo anarquista en la transición*: Mallorca: Calumnia.

## ENTREVISTAS

- Entrevista a Álvaro Guillén (pseudónimo), cedida por Sandra Blasco, Teruel, noviembre de 2018.
- Entrevista a Eusebia Cortés (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.
- Entrevista a Juan Ruiz (pseudónimo), bar El Callejón, Zaragoza, junio de 2018.
- Entrevista a Nicolás Díaz (pseudónimo), parque José Antonio Labordeta, Zaragoza, junio de 2018.
- Entrevista a Pere Serra (pseudónimo), Yéqueda (Huesca), junio de 2018.

